

LIBROS

Elogio de la literatura llamada "menor"

¿No se han fijado ustedes en que los tontos desconfían tenazmente de los cuentos? "No me vengas con cuentos", dicen, como si alguien fuese a ir con cuentos a quien no los merece. Tienen terror a ser engañados: la suspicacia excesiva, corolario de su estupidez, se basa en la suposición de que ellos pueden controlar el que no se les dé gato por liebre por el sencillo método de decretar que todo el que ofrece liebre da gato, que las liebres no existen y que a ellos les gusta mucho más el gato, puesto que tienen que comerlo todos los días. Naturalmente, son las víctimas más propicias de todos los engañabobos, pues son capaces de creerse cualquier mentira con tal de que no parezca un cuento; si se les miente so capa de ciencia, política, sentido común, realismo, progreso, etc., no tienen nada que objetar. De lo único que realmente desconfían es de la narración, con lo que destierran de sus burladas vidas la verdadera esperanza de hurtarse al engaño que les modela y hierde. Sólo miente quien dice manejar verdades necesarias, quien nos confina en las leyes sin excepción de lo irremediable; en cambio, el cuento, que explora las infinitas caras siempre aleatorias de lo posible, nunca engaña porque no se sitúa en la desdichada dicotomía verdadero/falso. El cuento no predica la verdad; sino nuestra verdad. Antonio Machado, que era tan distraído a veces, dijo aquello de: "Tu verdad, no: la verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela". Como digo, fue una distracción; lo que quiso escribir es: "No la verdad, tu verdad; estoy dispuesto a escucharla. La tuya, cuéntamela".

Quienes amamos los cuentos, sufrimos mucho con la literatura "seria" contemporánea, más preocupada en la experimentación lingüística y la ruptura del

tradicional modelo narrativo que en la invención de buenos cuentos de esos que intrigan, asombran o hacen temblar. Las excepciones tipo Borges, Cortázar o Conrad no nos alivian de tanta cotidianeidad sensata como se nos propina, de tanto ameno diálogo metafísico entre una lámpara y una consola o de tanta culta ristra de percepciones deslavazadas, referencias poético-cinematográficas o audaces exabruptos políticos. Comprendo que si sólo hubiese cuentos, la supervivencia de "Tel Quel" se vería amenazada, aunque siempre sería posible un oportuno reciclaje: en todo caso, es un riesgo que yo correría con gusto. Lo cierto es que los



aficionados a que nos emboben con el "érase una vez..." tenemos que refugiarnos en la llamada literatura "menor", en los géneros populares cuya ritualización siempre amenazada de monotonía todavía guarda el tronar de furiosos oleajes, dragones de más allá de los astros, cuchillos en la sombra y el galope incansable de un jinete en la abierta llanura. Las novelas policíacas, las aventuras del "Far West" o de fantasía científica, los elfos de Tolkien o los Grandes Antiguos de Lovecraft: ahí se refugian los arquetipos, la vieja voz de los mitos, lo que originariamente hizo que un hombre escuchase a otro junto a la fogata en la boca de la caverna... Está de moda disculpar el interés por estas narraciones con más o menos sutiles racionalizaciones que las relacionan con lo auténticamente "serio": Julio Verne fue un interesante profeta de los "Soyuz" o del nazismo, la novela policíaca es un

afortunado ejemplo de forclusión lacaniana o la ciencia-ficción refleja los problemas sociales de Norteamérica mejor que Sinclair Lewis. Estas son explicaciones de los que viven engañados a fuerza de no querer dejarse engañar por los cuentos. La verdad del cuento es el placer que proporciona y lo demás son mentiras de quienes, denostando la "literatura culinaria", aborrecen el placer en literatura y en todo lo demás.

Dentro del género policíaco pueden distinguirse dos ramas fundamentales: la novela-problema y el relato de acción tipo "serie negra". Recientemente se han publicado en colecciones españolas dos novelas que representan dignamente las virtudes de cada uno de los géneros. En primer lugar, "El caso de los suicidios constantes", del gran maestro John Dickson Carr (1). Este cuento es una obra perfecta en su rango, un misterio cincelado como un trabajo de orfebrería. La habitación cerrada, el suicidio que parece cumplir un destino fatal, el fantasma escocés que ronda la vieja torre... y la omnisciente intervención del doctor Gideon Fell, alter ego de Chesterton en lo físico y en buena parte de lo moral, además de ser uno de los más logrados detectives de ficción. En la historia se reúnen las mejores condiciones de Dickson Carr, quizá el más excelente narrador del género después de Conan Doyle: agilidad expositiva, fantasía macabra y humor. La lógica de la solución es rigurosa, sin dejar de ser lo suficientemente caprichosa como para borrar cualquier atisbo de ese enfadoso naturalismo que convierte tantos relatos policíacos en simples crónicas de sucesos pormenorizados. Lo que interesa en estas narraciones no es el verismo del crimen, sino la perfección del juego de ocultismo y desvelamiento del autor. La otra novela es "El buitre paciente" (2), de James Hadley Chase, autor prolífico y muy irregular. Si una traducción refinadamente perversa no estropease en buena parte el placer de su lectura, el aficionado a Hadley Chase tendría aquí una muestra aceptable del buen hacer del escritor inglés. Pese a lo trillado del tema, esos aventureros que se internan en las selvas africanas para recuperar un anillo Borgia roba-

do por cierto abominable coleccionista fortificado en la cordillera de Drackensberg, se nos hacen creíbles y logran incorporarnos a su aventura. El relato recupera las constantes que subyacen al lector sin complejos culturales ni resistencias neuróticas a que le vengán con cuentos. ■ FERNANDO SAVATER.

La experiencia mágica de Aleister Crowley

Las ciencias ocultas —magia, alquimia, astrología, etcétera— han seguido una curiosa evolución histórica y social. Empezaron su vida siendo —como los vigentes sistemas científico-tecnológicos— propiedad e instrumento de las clases dominantes, que las utilizaron para afianzarse en el poder; muchas veces incluso confundidas con la religión, su práctica y conocimiento fue privilegio de sacerdotes y reyes. Ni más ni menos que los actuales tecnócratas, gobernaron aquéllos basándose en la fuerza que les daba el monopolio de todo el conocimiento científico de su tiempo.

Con el paso del tiempo, las ciencias ocultas han decaído socialmente, y han pasado a ser refugio intelectual de marginados, que buscan en ellas precisamente un antídoto contra la Otra Ciencia Oculta, la tecnológica, que ha sustituido a la antigua magia como instrumento del poder. Desde el siglo pasado, en el que la sociedad burguesa sistematizó sus pensamientos y sus valores en un férreo código, lo oculto y lo luminoso han vuelto a ser objeto de estudios por parte de los que han encontrado que ciencia y razón son siempre mitos, y que la noción del "progreso científico" enmascara la voluntad de perpetuarse en el poder de la clase burguesa. Los magos modernos —siguiendo en ello el ejemplo de las brujas medievales, pero de forma más sofisticada y culta— son, ante todo, rebeldes; su rebeldía puede estar basada, como en el caso de René Guenon, en un tradiciona-

(1) "El caso de los suicidios constantes", J. Dickson Carr. Col. Séptimo Círculo, Alianza-Emecé.

(2) "El buitre paciente", J. Hadley Chase. Ultramar Editores.